

RESEÑAS

Carlos García-Bedoya M.

Indagaciones heterogéneas. Estudios sobre literatura y cultura.

Lima, Grupo Pakarina, 2012; 291 pp.

Carlos García-Bedoya Maguiña es autor de dos libros imprescindibles para el estudio de la literatura peruana: *Para una periodización de la literatura peruana* (Latinoamericana Editores, 1999) y *La literatura peruana en el periodo de la estabilización colonial* (UNMSM, 2000). A esta importante producción se suma una compilación de los textos publicados durante los últimos veinte años con el título de *Indagaciones heterogéneas. Estudios sobre literatura y cultura* (2012) que reúne, en un solo volumen, un breve prólogo y cuatro secciones que incluyen veinte ensayos que tratan temas fundamentalmente relacionados con problemáticas latinoamericanas y peruanas inscritas dentro de la denominada tradición del pensamiento latinoamericano autocentrado (en términos de Franciose Pérus). Forman parte de esta tradición los planteamientos de ensayistas, estudiosos de la literatura, filósofos, teólogos, educadores, historiadores, antropólogos y sociólogos cuyos aportes y trascendencia son imposibles de nombrar y enumerar aquí. García-Bedoya dialoga permanentemente con su tradición; tam-

bién lo hace con los planteamientos de los maestros sanmarquinos como Tomás Escajadillo, Francisco Carrillo y Raúl Bueno y con los planteamientos de sus maestros de la universidad de Pittsburgh como John Beberley y Gerald Martin. No descuida, por supuesto, el diálogo con sus alumnos y sus colegas latinoamericanos.

Por la propuesta de construir un dialogismo intercultural, el libro revela claramente su lugar de enunciación que -como dice su autor- no es solamente geográfico, sino y sobre todo geocultural y epistémico. A él no se le puede aplicar la discutible distinción entre el lugar del enunciado y el lugar de la enunciación porque son uno y lo mismo en su discurso. No obstante, este libro no cierra su horizonte en la literatura peruana y latinoamericana, sino que se abre a otras *Otras indagaciones* (título de la cuarta sección) de tradiciones literarias como la española, que García-Bedoya conoce muy bien, y a lecturas de diferentes zonas del mundo como se puede desprender de un amplio dominio de la teoría y los estudios literarios expuestos con un orden y una claridad sencillamente

paradigmáticos como dice Raúl Bueno en la tapa del libro, es decir, con un lenguaje preciso, claro y directo que se diferencia del barroquismo de otros libros que haciendo alarde de todo y usando un lenguaje críptico no hacen nada más que repetir las ideas de otros.

En los estudios de los procesos de la literatura peruana y latinoamericana se evidencia su “preferente inclinación hacia los enfoques panorámicos” (12). De hecho en la tercera sección denominada *Indagaciones peruanas* se traza un recorrido que explica muy bien el proceso de la literatura peruana sin descuidar sus reflexiones sobre el canon literario peruano que ha pasado, siguiendo lo planteado por Walter Mignolo, del *canon*, entendido como las obras maestras o las bellas letras al *corpus*, entendido como un vasto campo de discursos heterogéneos. La especialización de García-Bedoya se nota claramente en sus lúcidos ensayos sobre el discurso criollo y el discurso andino en la literatura peruana colonial cuyas características explica al detalle; sobre las élites andinas y el renacimiento inca donde analiza y compara *El primer Nueva Corónica* y *Buen Gobierno* del indio aristócrata, errante y reclamador Felipe Guamán Poma de Ayala y la *Representación verdadera y exclamación rendida y lamentable que toda la nación indiana hace a la majestad del señor rey de las Españas y emperador de las indias, el señor don Fernando VI, pidiendo los atienda y*

remedie, sacándolos del afrentoso vituperio y oprobio en que están más de doscientos años de fray Calixto Túpac Inca que “era étnicamente mestizo, pero culturalmente un andino” (184); sobre la conquista del Perú en dos obras dramáticas coloniales insertadas plenamente en el ámbito de la ciudad letrada aunque estén escritas en quechua “por clérigos filo-indigenistas, a pedido de la aristocracia indígena y para el consumo de ese sector social” (210): la anónima *Tragedia del fin de Atahualpa* y *La conquista del Perú* del fraile mercedario Francisco del Castillo. En estas obras se reconstruye y se reinterpreta la conquista del Perú.

Su interés por la literatura peruana del siglo XIX está determinado por el magisterio de Francisco Carrillo y se manifiesta en un análisis iluminador sobre *La ciudad de los Reyes* de Pedro Dávalos y Lissón. Continúa con un ensayo sobre la denominada novela regionalista o novela de la tierra que entre los habitantes del área andina se manifestó como indigenismo. García-Bedoya, en su ensayo sobre Ciro Alegría de quien Mario Vargas Llosa ha dicho que es “nuestro primer novelista clásico”, afirma que *El mundo es ancho y ajeno* es “la novela peruana más importante de todos los tiempos” (233). Además, compara el clásico universal de Alegría con una obra coetánea, similar y representativa de la “novela del nordeste” brasileño como es *Vidas secas* (1938) de Graciliano Ramos y, en un ámbito mayor, con

la novela del turco Yashar Kemal titulada *El halcón* (1955). En este ensayo se nota claramente el magisterio de tal vez los más destacados estudiosos del indigenismo como lo son Tomás Escajadillo y Antonio Cornejo Polar. Cuando expone sus ideas sobre la trayectoria del vanguardismo peruano hace gala de su conocimiento de la complejidad del proceso de la vanguardia en el Perú que muchas veces es simplificado y reducido al extremo. Para ello dialoga con el planteamiento de Octavio Paz que sostiene que nuestro vanguardismo es al mismo tiempo continuidad y ruptura. La propuesta de García-Bedoya explicado también al detalle contempla a) un vanguardia histórica, b) una posvanguardia y c) una neovanguardia. Finalmente nos presenta una nota sobre la teoría de las generaciones y su aplicación a la literatura peruana del siglo XX.

A los teóricos (no a los estudiosos de la literatura) les suele ocurrir que les faltan lecturas de creación literaria, tal vez por eso prefieren realizar lecturas de otras disciplinas afines en las que encuentran el placer y el goce. Este no es el caso de García-Bedoya que en la segunda sección titulada *Indagaciones latinoamericanas* exhibe un vasto conocimiento de la tradición literaria de América Latina, especialmente de la narrativa a la que le dedica estudios que tienen que ver con su trascurso. Siguiendo esta vez las ideas de Gerald Martin, dice: "Sostenemos que la Nueva Narrativa

(o Nueva Novela) y el llamado Boom no son más que expresiones, en el campo de la narrativa hispanoamericana, de una secuencia literaria cuyo impacto ha sido central en toda la literatura de Occidente en el siglo XX, es decir el Vanguardismo, lo que en inglés se suele denominar *Modernism*" (82). En esta segunda sección se evidencia un enorme interés por colocar en su exacta dimensión los enormes aportes de los novelistas anteriores al Boom como Miguel Ángel Asturias y Alejo Carpentier como antes lo había hecho con Ciro Alegría para el caso peruano.

En esta sección aparece un ensayo categórico sobre los derroteros por los que transitan los estudios literarios latinoamericanos desde 1972 hasta 1992 donde destaca, entre otros, los aportes de la crítica fenomenológica de Félix Martínez Bonati y Alberto Escobar; la historia literaria y la relación entre literatura y sociedad desarrolladas por Antonio Candido; la estilística, el estructuralismo, la crítica genética y la teoría de los actos de habla desarrollados por Ana María Barrenechea; la combinación de historia, biografía y crítica literaria que realiza Octavio Paz; la sensibilidad estética y vasta información de Emir Rodríguez Monegal; la deconstrucción moderada combinada con instrumentos más tradicionales provenientes de la filología y la historia en las ideas de Roberto González Echevarría; la crítica de inspiración marxista de Roberto

Schwarz; los planteamientos no suficientemente divulgados de Antonio Cornejo Polar y Ángel Rama; el desplazamiento hacia los estudios culturales de Beatriz Sarlo; el reclamo urgente de hacer una teoría literaria latinoamericana de Roberto Fernández Retamar; y los aportes a la teoría de recientes latinoamericanistas como Walter Mignolo y Luiz Costa Lima.

Una constante recorre las *Indagaciones teóricas* (título de la primera sección del libro), me refiero a su preocupación por el diálogo asimétrico norte-sur y por el reto de potenciar el diálogo sur-sur. Así reflexiona sobre el impacto de los Estudios Culturales en América Latina que si no cuestionan las relaciones de poder, entonces no sirven de mucho. En efecto, el investigador sanmarquino rescata el planteamiento original de Raymond Williams que sostiene que los cambios sociales trascendentes no pueden ser solo políticos y económicos, sino también y sobre todo cambios culturales, es decir, cambios de mentalidades, de valores, de ideas y de sensibilidades. Por ello, García-Bedoya cuestiona ciertas versiones del culturalismo posmoderno que solo están interesadas en los discursos, los lenguajes, los sistemas simbólicos y descuidan la relación con prácticas o instituciones sociales. “Tales enfoques suelen explicar con entusiasmo bastante mecanicista y reduccionista los métodos textualistas y del análisis del discurso a los más diversos fenómenos sociales, sin atender a su

especificidad, con resultados frecuentemente empobrecedores” (19). Es contundente el argumento según el cual el reduccionismo en que han caído los Estudios Culturales se debe a que han perdido el horizonte de la totalidad. En efecto, “La totalidad sigue siendo un horizonte epistemológico necesario para la reflexión social” (20) especialmente en sociedades conflictivas, contradictorias, problemáticas o heterogéneas como las nuestras. Por eso, le parece imprescindible retomar esta categoría desde tres esferas o perspectivas distintas entre las que existen múltiples interrelaciones: la esfera del poder o esfera pública, la esfera de la producción o esfera económica y la esfera cultural. Cito a García-Bedoya para evidenciar la claridad y contundencia de su planteamiento: “El pluralismo metodológico implica que ninguna vertiente teórica detenta el monopolio de la verdad, más bien el rigor científico surge del intercambio dialógico entre diversos puntos de vista. Por cierto, tampoco se trata de combinar a la ligera aparatos conceptuales muy disímiles, como suele suceder en ciertas versiones de los estudios culturales posmodernos, de los estudios poscoloniales y subalternos (por ejemplo mezclas de marxismo althusseriano, psicoanálisis lacaniano y deconstrucción derridiana), sino más bien de construir *bricolages* teóricos con enfoques que presenten ciertos terrenos de compatibilidad” (22-23).

Los Estudios Culturales están redefiniendo los campos disciplinarios y los que se inscriben dentro de esta disciplina transdisciplinaria, antidisciplinaria o interdisciplinaria deben integrarse a proyectos y equipos interdisciplinarios, propiciando diálogos multidisciplinarios para asumir una perspectiva transdisciplinaria. Esto pone el dedo en la llaga puesto que no son serios aquellos Estudios Culturales realizados por personas o equipos monodisciplinarios, narcisistas o ególatras que creen estar en la capacidad de conocerlo todo o se creen con la licencia de usar aparatos teóricos de otras disciplinas sin rigor. “Creo que para navegar con solvencia en los procelosos mares de la totalidad cultural se requiere dominar el instrumental de varias disciplinas, no de una sola; es obvio que son pocos los investigadores que tienen la capacidad y la posibilidad de dominar tan vastos arsenales cognoscitivos. Sus aportes serán sin duda fundamentales y orientadores” (25). A los que provenimos del campo de los estudios literarios nos hacen falta ejercicios de “abajamiento”, una dosis de humildad intelectual que nos permita reconocer nuestras limitaciones disciplinarias y, paradójicamente, el reconocimiento del saber del otro. Cito nuevamente a García-Bedoya: “Pero me parece necesario también alertar contra los facilismos: muchas veces los estudios culturales pueden terminar convirtiéndose en patente de corso para el

aventurerismo intelectual de quienes adiestrados (y no siempre a cabalidad) en el instrumental de una disciplina (muchas veces los estudios literarios) discurren con frecuente ligereza sobre los más variopintos fenómenos culturales, a los que suelen aplicar sin más mediaciones las clásicas herramientas de análisis textualista, con los resultados que suelen ser lamentablemente empobrecedores” (24-25).

En todos los ensayos que conforman este libro hay un interés manifiesto por rescatar “Categorías latinoamericanas para una mundialización intercultural”, categorías teóricas diseñadas desde América Latina para dar cuenta de nuestra compleja problemática. Así, García-Bedoya discute y cuestiona la división internacional del trabajo intelectual vigente, de raíz eurocéntrica, que margina los aportes de los intelectuales de América Latina. En efecto, en América Latina es pertinente referirse a la coexistencia conflictiva, a las superposiciones, a los cruces, a las hibridaciones, a las mezclas y a los mestizajes de una realidad a todas luces heterogénea. Pero, no por exaltar la fragmentariedad y la diseminación debemos abandonar la perspectiva de la totalidad como horizonte epistemológico que nos permita comprender las múltiples interrelaciones que configuran la vida social. No tomar en cuenta el horizonte de la totalidad contradictoria implica consentir la moda intelectual posmoderna. Aparte de evidenciar los aportes

fundamentales de Ángel Rama (transculturación y ciudad letrada), Antonio Candido (sistemas literarios) o Néstor García Canclini (culturas híbridas), Carlos resalta muy especialmente el pensamiento seminal de Antonio Cornejo Polar (heterogeneidad, totalidad contradictoria, sujeto migrante) que ha dejado huellas en los escritos de intelectuales como Aníbal Quijano, David Sobrevilla, José Antonio Mazzotti, Song No, Raúl Marrero Fente, Carlos Orihuela, Franklín Miranda Robles, Miguel Arneo-Gómez o el propio Carlos García-Bedoya.

Pero no crean que el profesor sanmarquino está de acuerdo con todos los planteamientos de los intelectuales con los que dialoga; muchas veces corrige y cuestiona con argumentos irrefutables los planteamientos de sus interlocutores. Ese es el caso de Walter Mignolo quien en su artículo “Herencias coloniales y teorías poscoloniales” plantea tres tipos de experiencias coloniales: a) colonias de asentamiento (Estados Unidos), b) colonias de asentamiento profundo antes de 1945 (Perú) y c) colonias de asentamiento profundo después de 1945 (India). Mignolo sostiene que de las distintas experiencias coloniales han surgido distintas prácticas teóricas. Así, a las colonias del primer tipo le corresponde una teorización o razón posmoderna propia de los países centrales y a las colonias del segundo y tercer tipo una teorización o razón poscolonial propia de los

países periféricos o del tercer mundo. García-Bedoya cuestiona estas “denominaciones poco afortunadas” de un latinoamericano que trabaja en la academia norteamericana paradójicamente por no haber tomado en cuenta la ineludible propuesta de Darcy Ribeyro, por no aclarar a qué tipo de asentamiento y de profundidad se refiere y por homogenizar el pensamiento diverso del tercer mundo. Pues es evidente que no es lo mismo la experiencia colonial de la India y la experiencia colonial del Perú. Mignolo posteriormente corrigió su postura diferenciando los diferentes tipos de colonialismo del tercer mundo y llamando “posoccidentalismo” a las prácticas teóricas del colonialismo de asentamiento profundo antes de 1945 y “razón poscolonial” a las prácticas teóricas del colonialismo de asentamiento profundo después de 1945. El estudioso sanmarquino sostiene que esta homogeneización tal vez explique “los intentos mecánicos de aplicar a la experiencia colonial latinoamericana las teorizaciones elaboradas por exponentes de los estudios subalternos de la India, configurando una especie de estudios subalternos latinoamericanos epigonales respecto a los teóricos de la India y poco atentos a la especificidad de nuestra herencia colonial” (54). Pero, no se queda en el nivel de la crítica no propositiva y, asumiendo la tripartición planteada por Mignolo, propone denominar respectivamente

a los tres tipos de colonias: a) colonias de transplantación caracterizadas por una homogeneización cultural y étnica de raíz europea y por el casi exterminio de los pueblos y culturas nativas, b) colonias de implantación donde la penetración cultural y étnica europea es muy importante, pero no al punto de homogeneizar “el tejido cultural y social” de modo que todavía sobreviven las culturas y las etnias nativas que experimentan los procesos de transculturación y c) colonias de superposición caracterizadas por el sometimiento al domino imperial europeo, pero que no experimentaron una penetración intensiva de la cultura europea.

García-Bedoya ha sumido ya desde hace mucho rato una posición contraria a lo que acertadamente llama monologismo teórico monopólico, concierto académico globalizado o occidentocentrismo exclusivista y excluyente que nos convierte en productores de materia prima que luego es transformada en productos teóricos de validez general en el hemisferio norte (el famoso efecto Nescafé). Por eso, y apoyado en los planteamientos de Mijail Bajtín y de Edward Said sobre el humanismo, nos propone una epistemología dialógica intercultural. Cito su propuesta: “Particularmente, me

parece más pertinente hablar de una razón o una epistemología dialógica, que permita la comunicación de las heterogéneas culturas mundiales, de los heterogéneos saberes locales, en un intercambio no sesgado por la imposición autoritaria de un monologismo del centro y que más bien posibilite el flujo polifónico de los aportes surgidos desde diversos lugares de enunciación teórica, lo que supone, sin duda, una gigantesca empresa de traducción cultural. Sólo así se podría abordar la compleja tarea de reconstruir una razón crítica con un horizonte genuinamente universal, pero no homogeneizador, desde una epistemología dialógica intercultural que podría hacer posible que las voces subalternas logren finalmente hablar” (73-74)

Por todas las razones expuestas que no hacen más que esbozar tímidamente la riqueza y complejidad de las propuestas de García-Bedoya, este libro deviene en imprescindible para cualquiera que esté interesado en escuchar la propuesta de un investigador inscrito dentro de la denominada tradición del pensamiento latinoamericano autocentrado (que delata un lugar de enunciación) y que quiera contribuir a consolidar una epistemología dialógica intercultural (*Dorian Espezúa Salmón*).